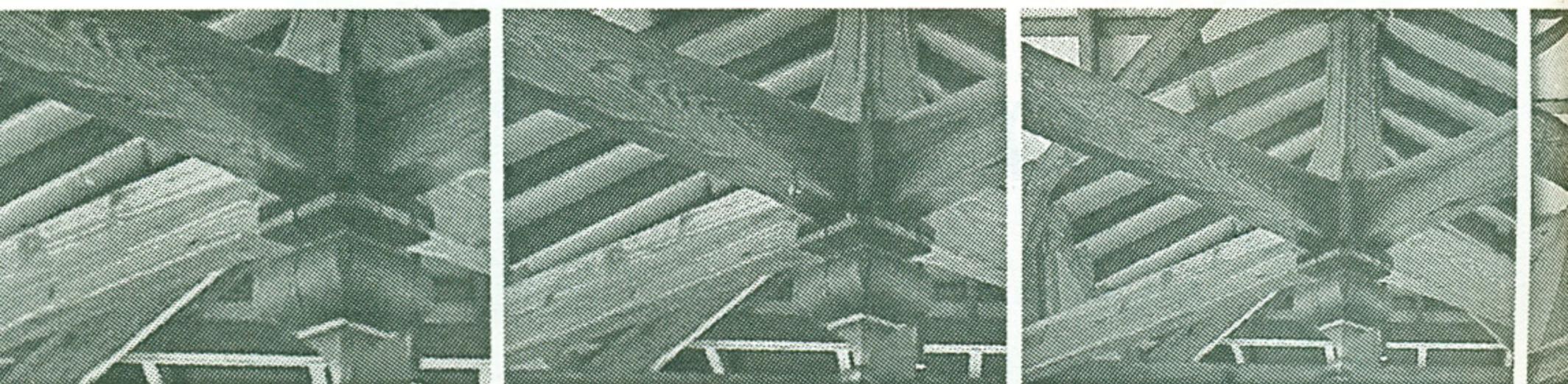


la casa de la memoria

Arq. Luis Porter
Síntesis Creativa





La casa familiar que diseñamos junto con mis tres hijas, Luciana, Melisa y Natalia, (quien estudió Diseño Industrial aquí en CyAD), la llamamos "La Casa de la Memoria". Esto fue porque en la vida se pierden gran cantidad de casas, y es menester recuperarlas.

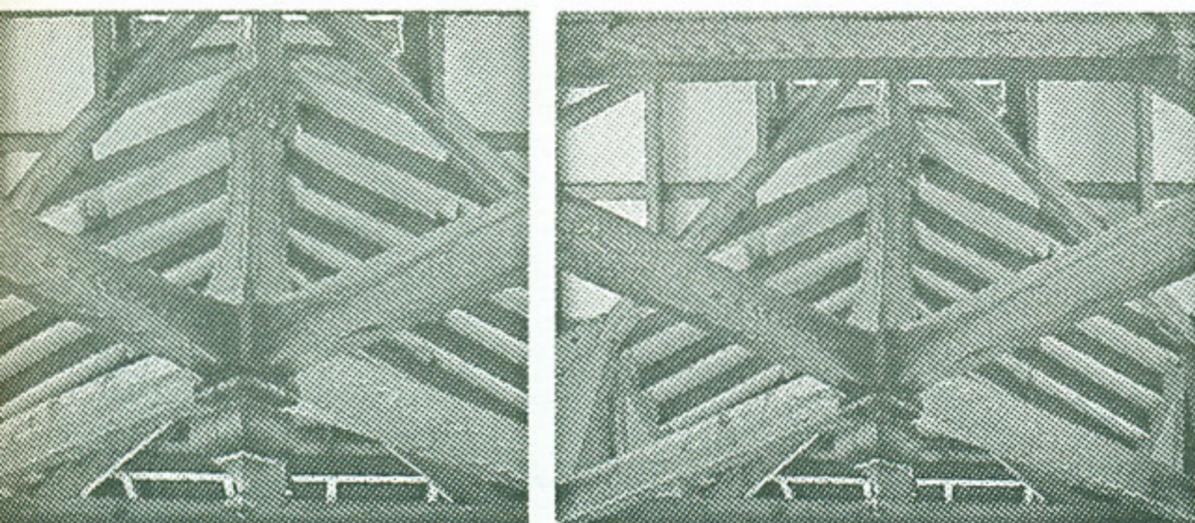
No hay experiencia más estremecedora que regresar al barrio de la niñez y recorrer los mismos caminos que en infinitas ocasiones nos llevaron de la casa a la escuela, a los sitios de los primeros juegos y amistades. De todos los lugares que pueden ser evocados con nostalgia, nada mantiene un significado más profundo que la que fuera nuestra casa, porque la casa es el diagrama de nuestro universo interno. Cuando observamos nuestro habitat primario, no nos preguntamos por el autor de esa o aquella otra casa. Quizás porque la casa es, antes que nada, eso: una casa. No importa su existencia.

Es verdad que la casa juega un papel importante en el proceso de construcción de la identidad. Al ser los autores de nuestra propia casa

contribuimos fuertemente a nuestra identidad social. Sin embargo, contrariamente a lo que pudiéramos suponer, la identidad no es la identificación con determinados factores permanentes, tradicionales o históricos, sino que, paradójicamente, la identidad se define a partir de lo que "difiere", es decir, de aquellas marcas simbólicas que una persona construye para delinear diferencias con otros seres humanos.

Por lo tanto, la identidad es el producto de una serie de relaciones, y el definir, construir y vivir nuestra casa no supone sólo lo que emana de lo personal con su "estado interno esencial", tampoco es el resultado del poder de discursos externos (las teorías y los estilos o ejemplos que otros imponen), sino el juego interno y complejo de narraciones acerca de nosotros y de los otros: la historia, el presente y el futuro. Tiempo y narraciones constantemente activados y actualizados por medio de identidades narrativas, de las imágenes legadas por nuestros ancestros y que vuelven a repetirse en la plática sabrosa de la sobremesa o en el atardecer.





Fotografía: Sergio Sotelo

Con base en lo anterior podría decirse que en gran medida el diseño de mi casa surge como una toma de posición del núcleo familiar, formado en el arte y el diseño, frente a esos "otros", los colegas que diseñan para ser publicados, para estar al día con las teorías de vanguardias, para tratar de reafirmar no su identidad, como resultado de un pasado, sino una nueva identidad que se fija en el presente siempre escapando y que los convierte en "otros" de sí mismos.

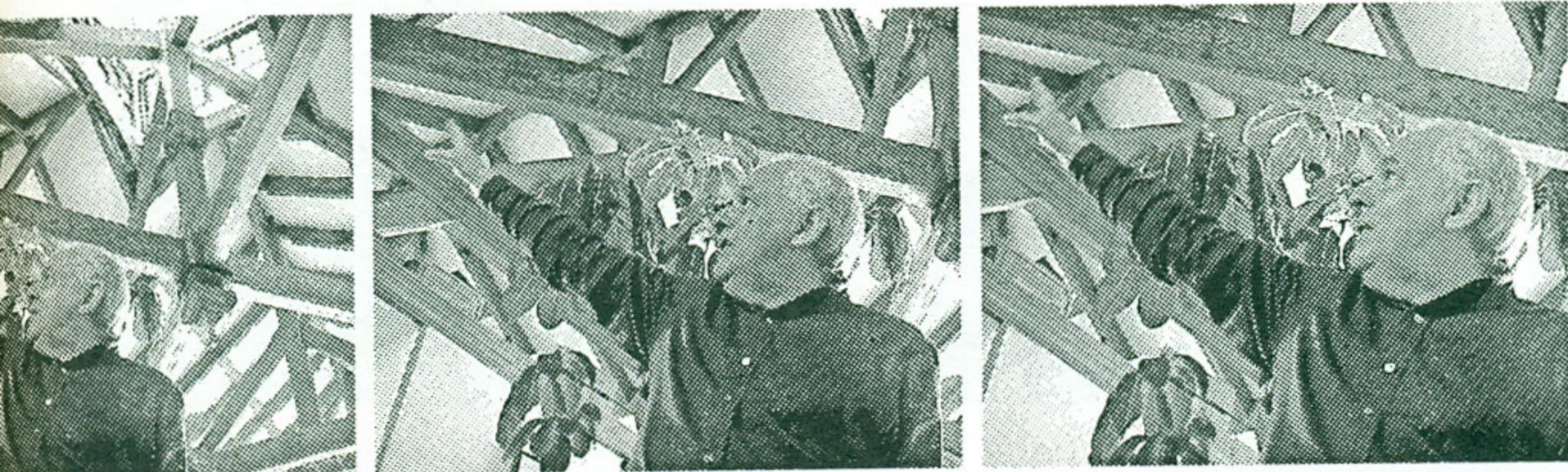
En este caso, fabricamos la casa familiar mirando hacia la casa-raíz, aquella casa básica que en nuestra mente responde a un estereotipo, el cual muchas veces ni siquiera corresponde a nuestra cultura. Es una casa que puede sumergirse en la nostalgia, en imágenes dibujadas por nuestra mamá, repetidas por la hermana; que tiene techos inclinados, estructura de madera, un vestíbulo para decidir hacia donde dirigirse, chimeneas, un jardín en donde repetimos el limonero o las persistentes rosas.

La sustancia espiritual se encuentra allí, sin importar el estilo, la moda o la firma. ¿Qué dife-

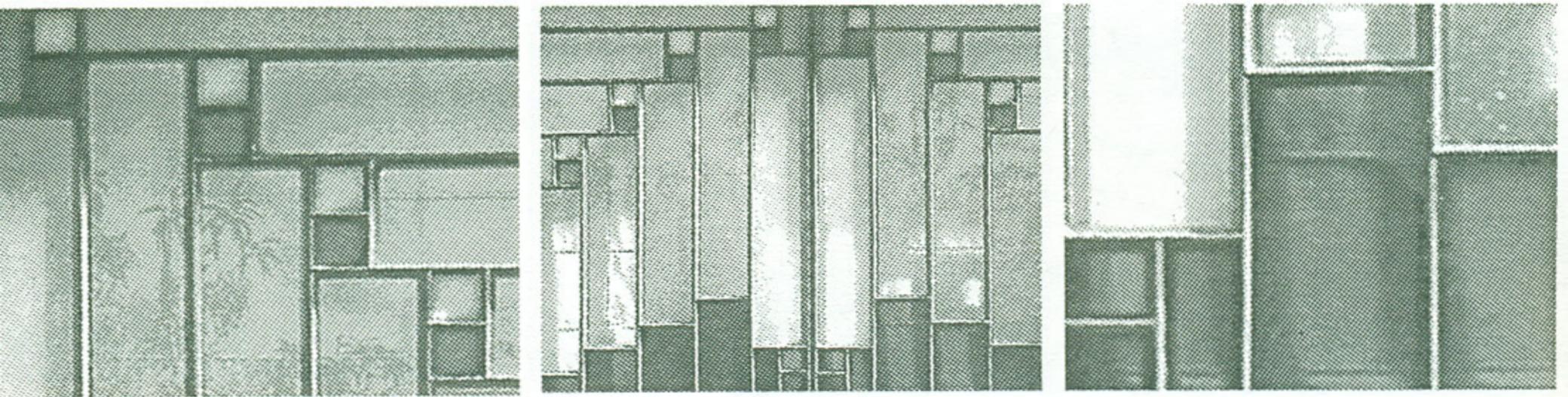
rencia hay si la casa gira en torno a una escalera, a un patio o a lo largo de un corredor? La casa es un arquetipo que proviene de fuentes profundas, relacionadas con un orden mayor, ondamente ligado a nuestra historia como seres humanos. Existen formas en la organización espacial, en el lenguaje o discurso de las cosas —puerta, ventana, mesa, poste, viga— cuya estructura es un reflejo del ser y representa una imagen de todo lo que hay en nosotros, donde se refleja la historia misma de la humanidad y que es capaz de estar presente en el espacio de nuestra morada y en nuestra manera de habitarla.

Para diseñar y construir nuestra propia casa o la de nuestro semejante, debemos mantener la sensibilidad que permite distinguir aquellos símbolos que son los mismos para todos, porque todos los llevamos dentro. Símbolos que adquieren en nuestra particular manera de vivirlos, su cualidad y su distinción.

En nuestra época de imposiciones de la moda o de avalancha de productos en el mercado, nuestra casa puede representar un espacio de sobre-



Fotografía Sergio Sotelo



Fotografía Sergio Sotelo

vivencia y de resistencia a un entorno afectado. Una habitación parcialmente escrita con palabras importadas que no entendemos y con signos artificiales, puede resultar ofensiva y reflejar un ser distorsionado y alejado del camino que lleva hacia ese "otro" ser trascendente —el alma humana— la cual en ningún sitio se manifiesta con mayor fuerza que el lugar en donde se vive.

La casa, las casas, son espejos múltiples de lo que somos y la ciudad, con todas sus construcciones, calles y parques forman un sistema donde se ancla nuestra identidad social. Por ello la responsabilidad social de los arquitectos y diseñadores incluye esta dimensión psíquica, que los hace educadores y formadores de identidad.

Nuestra casa resultó elaborada, porque se construyó lentamente, con el tiempo para llenar de filigranas esos elementos simples y básicos que forman la sustancia de lo cotidiano: las puertas, los objetos, los rincones, el sitio de la artesanía y sus materias. La casa quiso responder a esa pregunta de un poema lleno de ellas, escrito por nuestro compañero el arquitecto José María Buendía: "¿Dónde quedaron los modos de vida del pueblo mexicano, nuestros patios coloridos y alegres, aunque sólo tengan tres sillas de palo, dos trenzas de niña y un sol naranja?"



Fotografía Sergio Sotelo